

LA GUERRA CIVIL EN EL *DIARIO* DE UNA EXILIADA:
ZENOBIA CAMPRUBÍ DE JIMÉNEZ*

GRACIELA PALAU DE NEMES
University of Maryland

«Los diarios son la quintaesencia de la literatura íntima», dice José Romera Castillo y admite la inclusión en el ámbito literario del diario de un hombre de acción como Colón, pese a su interés en dejar constancia de los hechos y no en los artificios literarios, debido a que utiliza aditamentos propios de una escritura literaria y en su discurso se plasman sus conocimientos humanistas.¹ Por otra parte los estudiosos de la literatura feminista atribuyen gran importancia a los subgéneros autobiográficos no tradicionales, es decir, los que se excluyen de los cánones literarios: cartas, diarios y testimonios orales de mujeres no literatas, no por el interés estético que puedan tener, sino por sus múltiples contenidos históricos, sociales, psicológicos, geográficos.² El *Diario* del exilio de Zenobia Camprubí vale por la competencia literaria de su autodiálogo, de mayor significación puesto que no estaba destinado a la publicidad como los varios diarios de su marido y por sus múltiples contextos: es autobiografía, es biografía de Juan Ramón, es diario de viaje y es el diario de una exiliada de la Guerra Civil Española. A su voz de exiliada nos vamos a referir en este ensayo.

En la literatura hispana apenas hay diarios escritos por mujeres. Se conoce el diario de viaje de Oliva Sambuco de Nantes, mujer ilustre del siglo XVII; otros escritos fechados, como las *Cuentas de conciencia* de Santa Teresa no son

* El diario del exilio de Zenobia Camprubí al que este trabajo se refiere, fue escrito en inglés en Cuba, durante los años de la Guerra Civil Española, de 1937 a 1939. La traducción al español es mía y ha aparecido en una edición conjunta de la Editorial de la Universidad de Puerto Rico y la editorial Alianza. Las cifras en paréntesis que se dan en el texto se refieren a fechas del diario.

1. JOSÉ ROMERA CASTILLO, *La literatura como signo*, Madrid, Editorial Playor, 1981; p. 41.

2. Ver: *Women's Personal Narratives. Essays in Criticism and pedagogy* (ed. Leonore Hoffman y Margo Culley), New York, The Modern Language Association, 1985.

diarios netos. Para usar algunas frases del psicólogo Ira Progoff, el diario de Zenobia es una sostenida confrontación con ella misma en la que logra mantener un equilibrio entre las experiencias de su vida exterior y su vida interior.³

Zenobia empezó a llevar un diario de muchacha, viviendo en Nueva York, en la tradición puritana impuesta por su madre para adquirir consciencia de sus responsabilidades. Asumió de nuevo la escritura de un diario al casarse con Juan Ramón en 1916, también en Nueva York y lo mantuvo hasta el regreso a España.⁴ Estos textos carecen casi de ideología y son mayormente relatos de sus muchas actividades sociales en los Estados Unidos y de los trabajos pesados, por razones económicas, al instalar su primer piso en Madrid. El diario del exilio es de otra índole, en él Zenobia se enfrenta con su destino, el de su marido, y el de toda una nación, España y en él se revela la mujer entera, que es en parte una mujer de letras.

A la edad de catorce años, Zenobia Camprubí empezó a publicar en inglés, en la conocida revista de niños *St. Nicholas Illustrated Magazine for Boys and Girls*, de Nueva York, que convocaba a concurso a los miembros de la Liga de San Nicolás, premiando los mejores trabajos escritos y publicándolos en una sección especial. De los catorce a los dieciséis años, le publicaron a Zenobia cuatro cuentos breves. De los veintiuno a los veintitrés, dos crónicas y un estudio crítico sobre la pintura de Sorolla también vieron la luz en prestigiosas revistas estadounidenses.⁵ La traducción de la obra de Tagore del inglés al español fue hecha por Zenobia, existen suficientes pruebas en los archivos juanramonianos que indican que Juan Ramón «revivió» las traducciones de Zenobia y las hizo poesía suya. Su habilidad como traductora se puede apreciar en los manuscritos de los archivos juanramonianos, las correcciones del poeta van escaseando según adelantan las traducciones. Como ha dicho Willis Barnstone, conocido traductor al inglés de grandes autores hispanoamericanos contemporáneos, un traductor de poesía puede ser un modesto poeta o puede no ser poeta sino en la traducción, pero como el poeta, el traductor se ejercita en su arte con el tiempo.⁶

Zenobia escribió en Cuba en inglés el diario que abarca el espacio temporal de la Guerra Civil, entre los años 1937 a 1939 y que nosotros hemos traducido. Cuando los Jiménez llegaron a La Habana a fines de noviembre de 1936, la isla

3. IRA PROGOFF, *At a Journal Workshop*, New York, Dialogue House Library, 1975. Citado por Tristine Rainer en *The New Diary*, Los Angeles, Jeremy P. Tarcher, Inc., 1978, p. 24.

4. Este diario fue publicado por Arturo del Villar en *Zenobia Camprubí. Vivir con Juan Ramón*. Anaquele de recuerdos/2, Madrid, Los Libros de Fausto, 1986, pp. 31-99.

5. Ver: Graciela PALAU DE NEMES, «El Diario de Zenobia Camprubí», *La Torre*, Nueva Epoca I (1987), pp. 28-29 y «Bibliografía de y sobre Zenobia Camprubí» en *Juan Ramón Jiménez. Configuración poética de la Obra*, en *Suplementos Anthropos*, 11 (Febrero 1989), p. 153.

6. THOMAS HOEKSEMA, «The Translator's Voice: An Interview with Willis Barnstone», *Translation Review* (Invierno 1980), p. 9.

con un alto componente de inmigrantes españoles vivía pendiente del conflicto armado de España. Oficialmente neutral, Cuba estaba dividida en un grupo pro-nacionalista de hombres de negocios bien organizados que apoyaban las actividades falangistas y recogían dinero para la causa franquista y otro grupo de izquierdistas compuesto de intelectuales y gente del pueblo que favorecían la República y también se esforzaban para enviar auxilio a España. La Habana era puerto de llegada o de paso de los exiliados de la Guerra Civil, intelectuales muchos de ellos, que daban conferencias y se declaraban a favor de la causa republicana. A otros, como D. Ramón Menéndez Pidal, la guerra los sorprendió en la isla. El diario de Zenobia abunda en breves imágenes de estos grandes hombres.

Del encuentro con el gran filólogo, Zenobia comenta, por ejemplo: «D. Ramón es tan mal lector que es un terrible esfuerzo asistir a sus conferencias» ((7/III/37); pero después de cenar con él en el Florida dice: «Fue una velada encantadora. Me encantó quedarme callada y escuchar a J. R. y a Don Ramón. J. R. ansioso por comunicar sus ideas a D. Ramón. D. Ramón evidentemente ansioso por conocer el punto de vista de J. R. y al mismo tiempo un poco sorprendido» (12/7/37). La sencillez con la que Zenobia da voz al encuentro de estos dos grandes hombres se vuelve patética al hablar de la despedida de Menéndez Pidal cuatro meses después:

«D. Ramón se embarcó para Nueva York. J. R. y yo fuimos al hotel en vez del muelle, lo encontramos solo y nos sentamos con él mientras comía. Parecía estar completamente indeciso sobre el futuro, ni siquiera sabía si pasaría el verano en los EE.UU. o si se iría a Europa. La guerra ha causado tanta incertidumbre, que quizás lo más triste es oírlo en palabras de un compatriota. Tenemos cuidado de no hacer preguntas, o por lo menos, no más que las que se hacen corrientemente por el interés normal. Don Ramón nos enseñó una carta de Espasa-Calpe de Argentina que, debido a las circunstancias, se ha convertido en la oficina principal de los editores de Madrid» (6/VII/37).

Otros que pasan por La Habana, conferenciantes como Zulueta, Adolfo Salazar, Casona, Sánchez Albornoz, Recaséns, Castelao; o periodistas como Luis Amado Blanco y «Gaziel»; u hombres de negocios como el editor catalán López Llausá; o propagandistas oficiales y no oficiales; o representantes del gobierno republicano como Carlos Montilla y Fernando Salvador; o extranjeros comunistas o fascistas como los alemanes Ludwin Renn o Karl Vossler, son vistos por Zenobia según su actuación interesada o desinteresada, su egoísmo o generosidad para con los otros exiliados, según lo que dicen o no dicen de la Guerra Civil o de España.

El comentario sobre la llegada de Fernando de los Ríos a La Habana, es buen índice de la opinión de Zenobia hacia algunos exiliados y del momento de

solaz en el medio de su angustia que un gran hombre podía proporcionarle a ella y a Juan Ramón:

Pensé ir al Stadium a oír el discurso de Fernando de los Ríos, pero debido a nuestra carencia de fondos decidí oírlo por radio. J. R. y yo estábamos sobrecogidos, porque fue un verdadero discurso sobre *nuestra* España, no sobre esas lunáticas Españas modernas que nos sirven con salsa antiespañola y que nuestro paladar rechaza vivamente. J. R. hasta se llevó el pañuelo a los ojos. Corrimos al hotel a abrazarlo... Fernando de los Ríos estaba de un gran humor y él y J. R. evocaron a Don Francisco Giner en particular, después a D. Gumersindo Azcárate, Cossío, Rubio... Cuando le hablaron a F. de los R. de la colección de canciones populares de Lorca que cantaba *La Argentinita tarareó con oído musical exacto* «Anda jaleo jaleo» y nos dio la letra de muchas canciones populares. Contó hasta más no poder cuentos de la gente del campo, y J. R. afectado y estimulado por una igual corriente le provocaba a cada momento. Fue una noche animadísima (18/XII/38).

De estos momentos hay muy pocos en el diario de los años de la Guerra Civil.

Decía Zenobia en julio 8 de 1937, que tenía el alma en vilo esperando las noticias de España, éstas les llegaban por cartas, por radio, por el periódico, por los inmigrantes, los refugiados o los oficiales del gobierno republicano destinados a Cuba. Zenobia iba a ver los noticieros cinematográficos y a través de todas estas fuentes ella y Juan Ramón vivían las angustias de la tragedia española: el bombardeo alemán de Almería, la caída de Santander, el bombardeo de Madrid de 1937, el bombardeo de la zona residencial de Barcelona. Los bombardeos aéreos afectaban horriblemente a Juan Ramón y las noticias llenaban de pavor a Zenobia, hasta decidir que no quería volver a España. Cualquier buena nueva era una fiesta. Al saber, el 18 de noviembre de 1938 que el vapor Erica Reed, portador de ayuda y alimentos para España, pudiendo haber sido hundido, llegó sin accidente, Zenobia, que tenía un gran dominio de sus emociones, deja oír su voz gozosa en el *Diario*:

El Erica Reed llegó sin accidente ¡Gracias a Dios! Dos barcos insurgentes lo pudieron haber hundido y no lo hicieron, ¡gracias a Dios! Gracias a Dios porque llegó el alimento y gracias a Dios porque parece que un sentimiento de piedad, además del temor de enfurecer a la opinión pública americana tuvieron algo que ver con que escapara.

Expresiones de gozo como éstas no abundan en el diario de la Guerra Civil; al contrario, la tristeza por lo que pasa en España muy a menudo irrumpe en el autodiálogo. El 23 de mayo de 1938 Zenobia fue a ver la película *Amapola del camino* en la que se utilizaba, sin permiso, el poema de ese título de Juan Ramón. Tenían la esperanza de poder alegar y así sacar una pequeña suma que re-

parara en algo su menguado capital; pero, como otras veces, el drama de la Guerra Civil, no la necesidad propia, pasa a primera plana como puede verse por las frases con que termina la escritura de ese día:

Por la tarde fui a ver *Amapola del camino* y verifiqué que no sólo copiaron el título de J. R., sino que la canción-tema es suya y el estribillo del coro final es una repetición de la misma... Pero lo que me llamó la atención y me dolió en el alma fue una escena del noticiero: los refugiados españoles cruzando la frontera y no eran las mujeres y los niños los más trágicos ni los milicianos atiborrándose alegremente después de haber pasado hambre, sino la figura de un hombre, probablemente un sargento o un oficial que en absoluta desesperación pasó frente a la cámara, sin darse cuenta de ello. Desesperado por lo que había dejado detrás, pero más por lo que le esperaba. ¡Si hubiera podido estar allí para ayudarlo!

Zenobia interpreta el sentimiento ajeno poniéndose en el lugar del miliciano; pero ya ella y su marido habían sentido en la propia carne la mayor de las tragedias de la Guerra Civil, la muerte en el frente de un ser querido.

El 23 de marzo de 1938 se enteraron por carta de Eustaquio, el hermano de Juan Ramón, que su hijo, Juan Ramón Jiménez Bayo, sobrino-ahijado del poeta, había sido herido. Juan Ramón y Zenobia le tenían un amor entrañable desde niño; huérfano de madre, le costeaban parte de sus estudios y lo habían tenido con ellos en Madrid. La zozobra, sin tener más noticias hasta el 13 de abril, es patente en las páginas que median del diario. Juanito, como lo llamaban, había muerto en el frente de Teruel el 15 de febrero de 1938, atravesado por los cascos de un proyectil enemigo. Tenía veintidós años. Los sueños y la fantasía no tienen lugar en el diario de Zenobia, sin embargo, pasando una mala noche en la incómoda litera de un tren cubano casi se quedó dormida cuando le pareció que tenía el hombro lleno de sangre y dolorido y en la mente confusa, aunque despierta, no sabía si era ella o Juanito. «Por la mañana —dice—, tenía los ojos inyectados, pero fue un gran alivio el llorar sin que nadie me viera ni me oyera» (14/IV/38). En el viaje a una vieja ciudad colonial, que Zenobia emprendiera a raíz de las noticias de la muerte del sobrino, en contacto con la naturaleza encontró consuelo, sabiéndolo en una región de paz eterna.

No busquemos en este diario de la Guerra Civil hondas reflexiones sobre la tragedia española; pero la presencia de España es constante. En medio de la relación de las actividades diarias aparecen como breves destellos los sentimientos de exiliada de la autora. En la playa se pregunta si habrá lugares plácidos en España donde bañarse en el mar y al pasar una tarde mirando extasiada fotografías de España dice: «Había tantos álamos en las fotos que quise llorar». La procesión de Pascua le hace pensar qué resurrección tiene el futuro para España, una visita a los Claustros de Nueva York le recuerda a los de Guadalupe y le hacen sentir, misteriosamente, que no seguirá la guerra. El día que María Muñoz

de Quevedo, una pianista que fue discípula de Falla y dirigía el Conservatorio Bach y la Coral de La Habana, dio una charla sobre el cante jondo ilustrada con discos, escribe Zenobia: «Es imposible decir en palabras cómo nos afectaron esas canciones, nunca la tuve tanta pena por J. R. Con mucho cuidado pretendía secarse el sudor de la cara y me di cuenta de su profundo dolor al ser transportado a Andalucía, ahora tan desesperadamente inalcanzable» (18/V/37). Pero Zenobia no cuestiona su decisión de salir de España. El 19 de octubre de 1937, reflexionando sobre el estado de Juan Ramón se dice: «J. R. está tan afectado mentalmente con la situación de España que me tiene muy preocupada. Anoche, creyendo que yo dormía se puso a hablarle a España como un triste enamorado. Una de estas noches me voy a incorporar y a contestarle. Si nos hubiéramos quedado en España se hubiera vuelto loco en tres meses».

Escuchando la voz de Zenobia la exiliada de la Guerra Civil, captamos un aspecto de su vida interna que no aparece en los datos de su biografía externa: su callada aspiración a la maternidad. Zenobia recoge dinero para enviar alimentos, ropa y equipo a España, se ocupa sobre todo de su leal sirvienta Luisa Andrés, que vela por la casa que dejaron puesta en Madrid y del fiel amigo Juan Guerrero, haciendo esfuerzos por sacarlo de España a él y a su familia (28/VI/38), hallando la manera de mandarle alimentos a través de la Cámara de Comercio de España en París, o le manda una medicina por mediación del profesor inglés J. B. Trend, que ha pasado por La Habana, o le manda una remesa cuando el bombardeo de Alicante aunque se quedan sin un centavo; pero su preocupación más constante, que surge a través de breves comentarios por todo el diario es por los niños de España.

A poco de llegar a Cuba, Zenobia averigua de los representantes del gobierno español cuál es la mejor manera de utilizar los fondos de estudiantes para los niños (21/IV/37). Cuando se entera que el vapor *Méxique* lleno de niños refugiados anclará en La Habana camino de México hace todas las diligencias y preparativos para comprarles juguetes, subir a bordo con Juan Ramón y pasar un rato con ellos, cuidándose de que ninguno de los juguetes pueda traerles memoria de la guerra. A los tres meses de estar en Cuba, quiere ir a Francia a cuidar a los niños refugiados. En 1938 quiere hacerse enfermera práctica para ser útil a los niños en Madrid (18/II/38). Busca la manera de enviar ayuda a Luis Montagut, de la Consejería Municipal de Castellar del Vallés, que se ha encargado de los niños abandonados a quienes ellos dieron albergue antes de salir de España. Les escribe, pide noticias de ellos, envía libros para los niños españoles de Francia, se cuida de firmarlos para que no vayan a negociar con ellos. En un breve viaje para visitar a su familia en los Estados Unidos, hace encargos para los niños españoles y todavía el 22 de enero de 1939, visitando una escuela de niños en una de las provincias de la Isla de Cuba, les dice «tan sencilla y directamente como le fue posible, cómo era la guerra y les rogó trabajar por la paz desde la niñez, atacando la guerra desde sus principios, que era la mala voluntad».

La ideología del diario de Zenobia durante la Guerra Civil es la de una española republicana a quien no le ciega la pasión, que se declara contra los extremos de cualquier bando, que sin estar de acuerdo con el clero, condena la campaña anticlerical en España, que le teme a la intolerancia de los viejos sistemas políticos y aún más, a que los nuevos sistemas perpetúen el abuso.

Cuando termina la guerra en 1939, Zenobia y Juan Ramón se han trasladado a Miami, que tenía poca población española en aquella época. Las noticias de la guerra escasean, sólo se habla de la agresión a Checoslovaquia; han perdido el rastro de Juan Guerrero cuya correspondencia, con la de Luisa Andrés, era uno de los vínculos más estrechos que los unía a la guerra en España. Una horrible tarjeta postal de Guerrero, recibida el 17 de mayo de 1939 y llena de elogios para los vencedores y una carta de Luisa del 24 del mismo mes cuyos silencios son más elocuentes que lo que dicen, les hace darse cuenta del peligro que conlleva la victoria. También el silencio de Zenobia en su diario al terminarse la Guerra Civil es más elocuente que lo que pudiera haber dicho.

La parte más significativa y conmovedora del diario en cuanto al final de la Guerra es la del 27 de febrero de 1939. Juan Ramón acababa de dictar un llamamiento que iba a publicarse en el periódico neoyorkino *La prensa*, un gran diario en lengua española fundado y dirigido por el hermano de Zenobia, José Camprubí Aymar. Quería recoger fondos para los intelectuales españoles en los campos de concentración de Francia y acababan de recibir los primeros dos números del periódico que les llegaba a la nueva dirección en Florida. Al abrir uno de ellos Juan Ramón se enteró de la muerte de Antonio Machado. Ese día, Zenobia cerró con broche de oro su diario de la Guerra Civil y se juntaron todas sus voces, la de la mujer, la de la esposa, la de la ciudadana, y la de un ser humano que sabe que nada hay de más valor que la propia vida. Dice Zenobia:

... [J. R.] acababa de dictar su llamamiento para empezar a recoger dinero para los intelectuales españoles que sufren en los campos de concentración de Francia cuando al abrir el periódico se le hundió la cabeza de pena al leer sobre la muerte de Antonio Machado. Trató que lo invitaran a la Universidad de La Habana, pero los más jóvenes, Gaos en particular, que fue el primero en beneficiarse, no querían tener nada que ver con los mayores (solamente los de su generación) y prevaleció sobre J. R. Ahora era más grande su dolor por no haber podido ayudarlo. Quizás se hubiera salvado. Pero como dice J. R.: «Ha sido una muerte noble, acorde a su vida —sobre todo física— esforzada y lastimosa». Me parece que a ratos había algo de envidia en los pensamientos de J. R. en cuanto a su muerte. Lo más probable es que J. R. estuviera muerto o completamente loco de haber seguido su suerte, pero el día en que juntó su destino al mío, cambió ese fin. Después de todo, yo soy, en parte, dueña de mi propia vida y J. R. *no puede* vivir la suya aparte de la mía. Y yo no acabo de ver ningún ideal que valga el arrojar una vida, pese a todo lo que se proclama. En esta empresa nuestra, yo siempre he sido Sancho.

La escritora Anaïs Nin, autora de un famoso diario y de teorías sobre los diarios se refirió a la necesidad que tenía cada cual de forjarse una isla para el espíritu. El diario de Zenobia fue su isla espiritual, como dijo Anaïs Nin, una vida interior cultivada, alimentada, es un pozo de fortaleza, la estructura interior que necesitamos para resistir las catástrofes, errores e injusticias que nos llegan de fuera.⁷ En el exilio, el diario de Zenobia fue su pozo de fortaleza para hacerle frente, ella y su marido, a la desde entonces inolvidable tragedia de la Guerra Civil Española.

7. Citada por Tristine Reiner en *The New Diary*, p. 23. Las obras de Anaïs Nin a las que nos referimos son: *The Diary*, vols. I-VI, New York, Harcourt, Brace and World, 1966, 1967, 1969, 1971, 1974, 1976 y *A Woman Speaks: The Lectures, Seminars, and Interviews of Anaïs Nin*, (ed. con una introducción de Evelyn J. Hinz), Chicago, Swallow Press, 1975.